

Carrasco Rivas, Guillermo. **Grupo familiar, género y adiestramiento: la perpetuación del valor artesanal alfarero en Madriz (Nicaragua) y Tlaxcala (México).** *En publicación: Familia y Diversidad en América Latina. Estudios de casos.* Robichaux, David. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. Septiembre 2007. ISBN 978-987-1183-74-6

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/robichaux/21-GuillCa.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>
biblioteca@clacso.edu.ar

GUILLERMO CARRASCO RIVAS*

GRUPO FAMILIAR, GÉNERO Y ADIESTRAMIENTO: LA PERPETUACIÓN DEL VALOR ARTESANAL ALFARERO EN MADRIZ (NICARAGUA) Y TLAXCALA (MÉXICO)

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene como objetivo comparar la organización doméstica de la producción alfarera artesanal de dos regiones distantes entre sí del área cultural mesoamericana. La primera se ubica en el departamento de Madriz, en el norte de Nicaragua y cerca de la frontera con Honduras, donde varias comunidades se dedican a la producción de trastos de barro. La segunda localidad, La Trinidad Tenexyecac, se asienta en la división geopolítica del municipio de Ixtacuixtla de Mariano Matamoros, en el estado de Tlaxcala, México central, donde parte de la población se dedica también a producir cazuelas de barro.

Existen algunas diferencias importantes en cuanto a la manera en que se organiza la producción. En varias comunidades rurales de Madriz, se considera por tradición que sólo la mujer puede ejercer esta actividad. Al género femenino se le asigna el papel cultural de desarrollar y compartir los conocimientos técnicos como un patrimonio generacional. Los trastos de barro manufacturados por las mujeres se

* Profesor e investigador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias sobre Desarrollo Regional (CIISDER) de la Universidad Autónoma de Tlaxcala, México.

emplean en el procesado, almacenamiento y transporte de alimentos y bebidas potables o fermentadas en la cocina rural. En el caso de La Trinidad Tenexyecac, en cambio, son los varones quienes se convierten en el eje medular de la pequeña producción de cazuelas. Como cabeza de familia, los hombres representan a su grupo en la faena artesanal; la mujer también participa en el proceso, aunque de forma secundaria, es decir, en forma de *ayuda*. Por otro lado, las mujeres solas –madres solteras, abandonadas, viudas– pueden elaborar su propia producción de loza para satisfacer sus necesidades económicas.

Así pues, mientras las loceras de Madriz tienen su propio taller y el proceso de producción es individual y femenino, los alfareros de La Trinidad Tenexyecac cuentan con un taller familiar y la producción es masculina con la “ayuda” de las mujeres. Además de la distinción genérica, también se observan importantes diferencias en la técnica y escala de producción. Tales diferencias constituyen el objeto de estudio de esta investigación.

LA ALFARERÍA

La alfarería ha sido definida como *oficio artesanal o pequeña industria artesanal*. La denominación de oficio artesanal remite a la artesanía utilitaria que produce artículos sin caracterización artística especial. En cambio, la alfarería recibe el nombre de pequeña industria artesanal cuando corresponde al tipo económico de la producción en serie y se usa maquinaria más complicada, que requiere la presencia de obreros especializados que perciben un salario fijo. Novelo (1976) discutió el concepto de *mercancías artesanales* aplicado a diversas formas de producción. Teniendo esto presente, las loceras de Madriz quedan adscriptas por completo a la primera definición (oficio artesanal); en cambio, los cazueleros de La Trinidad Tenexyecac se encuadran entre la primera y, con dificultad, la segunda definición (pequeña industria artesanal), a pesar de que las cazuelas son productos elaborados en serie con técnica manual y que, en algunas ocasiones, se contrata a otros hombres para levantar o trasladar las pesadas piezas. En lo que respecta al proceso de desarrollo, los alfareros de Madriz se encuentran en la fase de introducir nuevo equipo y técnicas diferentes a través de proyectos de desarrollo local. Los alfareros de La Trinidad Tenexyecac, en tanto, se hallan en una etapa de transición: comienzan a aceptar la introducción de máquinas sencillas para moler y amasar la arcilla, así como a adaptar el horno de bóveda cerrada y emplear gas LP o diesel, lo que evita las emisiones nocivas al ambiente por el consumo de basuras industriales para la combustión.

Por último, y en cuanto a la economía doméstica, mientras la alfarería constituye para los grupos familiares de las loceras de Madriz un complemento a las actividades agrícolas, en La Trinidad Tenexyecac la economía

del hogar depende exclusivamente de la comercialización de las cazuelas vidriadas y sólo algunos alfareros se dedican al cultivo de la tierra.

ASPECTOS TEÓRICOS DEL PLANTEAMIENTO DEL ESTUDIO

El problema de investigación que nos interesa consiste en las diferencias de patrones socioculturales en la participación de los géneros en el proceso productivo artesanal. Se argumenta así que la reproducción del trabajo artesano –la instrucción y adiestramiento de los géneros– se lleva a cabo específicamente a través de la organización sociocultural del grupo familiar. En los grupos familiares investigados, observamos distintas tendencias. En las loceras de Madriz, es la madre quien adiestra a las hijas; es decir, se trata de una transmisión de conocimientos de mujer a mujer. En La Trinidad Tenexyecac, sin embargo, los vástagos aprenden las técnicas alfareras del padre (aunque no inevitablemente, ya que existen ciertos casos en los que la madre adiestra a ambos géneros). Tanto en una región como en otra se evidencia claramente que la descendencia consiste en el proceso de adiestrar a las generaciones jóvenes en las prácticas artesanales, introduciéndolas en “la especialización en la línea de la división del trabajo por sexos” (Herskovits, 1968: 296). En la actualidad, dicha división ha sido criticada y modificada por una nueva conceptualización de Marta Lamas (1986), denominada *la división genérica del trabajo* propuesto.

Desarrollándolo con más amplitud, vemos que en Madriz la alfarería es un oficio femenino porque a las púberes se las adiestra desde la infancia en la fabricación de trastos de barro para preparar los alimentos familiares.

La actividad alfarera recalca los patrones tradicionales de mucha producción artesanal indígena en Mesoamérica: especialización a nivel de pueblo, usos de tecnologías y formar prehispánicas, trabajo artesanal complementario a la agricultura (por parte de la mujer), producción mercantil simple basada en unidades domésticas sin uso de trabajo asalariado. O sea, una forma de producción precapitalista ejercida por mujeres [con una distribución del producto en la localidad] (Castegnaro de Foletti, 1992: 159).

En cambio, en La Trinidad Tenexyecac, el hombre, como cabeza de familia, ejerce un dominio paternal sobre la pareja y los hijos a través de sus conocimientos artesanales. De esta forma, hijos e hijas aprenden en el seno del hogar. El varón debe especializarse en este oficio, aunque con algunas diferencias respecto de las mujeres en el momento de producir. Estas, por su parte, al dedicarse a las actividades artesanales manifiestan un estatus social que les permite sostener económicamente al grupo familiar. El patrón entre los alfareros de La Trinidad Tenexyecac radica en la existencia de una especialización a nivel de pueblo, el uso

de tecnologías manuales, el trabajo algunas veces como complemento de la agricultura –otras como el único sostén económico de estos artesanos– y una producción mercantil basada en la unidad doméstica (en algunas ocasiones sin uso de trabajo asalariado y en otras contratando a peones para colaborar en el proceso y la producción alfarera). Se pasa así de la producción mercantil simple, basada en la unidad doméstica de producción, a una forma de manufactura doméstica capitalista. La producción está basada siempre en las unidades familiares, con uso de trabajo asalariado y pérdida del dominio sobre todo el ciclo de producción, en el caso de algunos pequeños productores. La costumbre generalizada de entregar el producto en crudo al intermediario ha hecho ingresar al artesano en un ciclo de endeudamiento crónico (Castegnaro de Foletti, 1992). El sistema de manos –venta de primera mano, de segunda y tercera, hasta que sale la mercancía de la comunidad– no es más que un intermediarismo de la mercancía, que se traspasa de un productor a otro productor-revendedor.

La investigadora Kirsten Stolley de Gamez (1992) establece un modelo diádico del trabajo artesanal, que considero difícil de sostener por la amplitud de su generalización. Stolley de Gamez argumenta que, en sociedades mestizas, la fabricación de la alfarería utilitaria es producto de los varones. En cambio, en sociedades de origen indígena, es fruto del esfuerzo y trabajo de las mujeres. Surgen entonces las preguntas acerca de la selectividad de los géneros. ¿Existe una determinante en la integración de los distintos géneros que responden a necesidades económicas o socioculturales? ¿Qué tipo de necesidades tienen estos grupos de artesanos y por qué?

¿Cuáles son las causas para determinar selectivamente al género en el aprendizaje de las técnicas artesanales y la producción? Resulta entonces posible argumentar que existen determinantes culturales, económicas e históricas en el adiestramiento y la fabricación locera.

Stolley de Gamez afirma que en México “parece que actualmente existen pocos sitios donde las mujeres dominan en el proceso de producción, aunque por tradición la alfarería es un trabajo femenino”. Sin embargo, hay varios lugares de Oaxaca, Guerrero, Puebla y Chiapas donde la alfarería es un trabajo femenino y las mujeres cumplen la mayor parte de los pasos de producción, aunque aparentemente no dominan el proceso (Stolley de Gamez, 1992: 50). En Nicaragua, tanto en Madriz como en La Paz Centro, departamento de León, también son las mujeres las que se dedican a la alfarería.

En las tierras altas (Boaco, Madriz, Matagalpa, Chontales, Nueva Segovia, Estelí), las mujeres en casi todos los caseríos hacen la alfarería que necesitan y muchas veces unas pocas mujeres se especializan y producen para un área local (Adams, 1957: 178).

En general, y no solamente en regiones de poblaciones mestizas –como menciona Sackmann (1986: 121)–, se nota la intromisión cada vez más fuerte de hombres en la producción alfarera. Esto demuestra que se debe sobre todo a la marcada baja de importancia de la agricultura y la falta de opciones en cuanto a otros trabajos (Stolley de Gamez, 1992: 58-59).

Las circunstancias empujan a la fuerza de trabajo masculina hacia la incorporación del trabajo del barro como alternativa al peonaje (Castegnaro de Foletti, 1992: 157). Estos patrones culturales y económicos determinan, en cierta medida, el momento en el que ambos géneros deben aprender y desarrollar su saber, además del tipo de actividad que deben realizar dentro del proceso artesanal.

Algunas investigadoras, como Victoria Novelo (1981: 197), proponen que “hay que conocer el proceso antes de los resultados, quién los produce, cómo los produce, para quiénes se producen, para qué se producen, cuándo se producen y en qué situación están los que producen”. Tal enfoque es bastante novedoso, pues indica esa diferenciación de los géneros que vengo definiendo en mi argumento. En sus preguntas, la autora insinúa: ¿quién produce la artesanía, el hombre o la mujer? Además, queda evidenciada su intención de señalar para qué se producen estos objetos utilitarios en la sociedad. Según las investigaciones que realicé, las loceras de Madriz producen diferentes tipos de vasijas destinadas al autoconsumo para el procesamiento, almacenamiento y transporte de alimentos y líquidos; los loceros de La Trinidad Tenexyecac, en cambio, se especializan en la fabricación y comercialización de un único tipo específico de vasijas –llamadas *cazuelas*– diversificando su tamaño y costo.

Por otra parte, las distintas maneras de producir también están ligadas a diferentes formas de circulación y consumo (Novelo, 1981: 200). Stolley de Gamez reconoce:

La propuesta del trabajo de Victoria Novelo es el inicio de un cambio de perspectiva por parte de los investigadores que trabajan sobre las artesanías. El enfoque cambia, del estético hacia el social-económico: la organización de la producción, la situación económica de los productores y su importancia para la economía (1992: 36).

Como sucede en nuestro análisis, el enfoque se sitúa en la base socioeconómica.

En los sistemas estudiados existen distintos determinantes: en ambos casos, se produce fundamentalmente para la comercialización o el mercado. La Trinidad Tenexyecac quedó integrada en la dinámica comercial capitalista tempranamente –a fines del siglo XIX–, lo que permitió que la comunidad dependiera y se incorporara al mercado regional. Vemos así cómo la persistencia en la elaboración de un tipo de alimento

–el mole en una cazuela “molera”– ha permitido la permanencia de un mercado regional y la comercialización de un trasto que forma parte de la tradición de ciertas sociedades del centro de México. En cambio, las loceras de Madriz elaboran exclusivamente vasijas destinadas al auto-consumo del grupo doméstico entre campesinos: almacenar agua potable y bebidas fermentadas, cocinar el nixtamal, cocer frijoles, preparar el café, tostar granos y asar las tortillas. La pequeña producción carece de un mercado regional; el mercado local, con precios paupérrimos y la pobreza de los consumidores, no permite una producción alfarera amplia. Las características socioeconómicas de la pequeña producción alfarera pueden especificarse de la siguiente manera (ver Cuadro 1).

Cuadro 1
Comparación entre las variables socioeconómicas de ambos procesos alfareros

Nº	Variables socioeconómicas comparativas	Cazueleros de La Trinidad Tenexyecac (México)	Loceras de Madriz (Nicaragua)
1	Producción familiar	Sí	No
2	Producción reducida	No	Sí
3	Talleres familiares	Sí	No
4	Taller femenino	Sí/No	Sí
5	Proporciona ingreso principal	Sí	Sí/No
6	Forma complementaria de ingreso	No	Sí/No
7	Consumo local	Sí	Sí
8	Pérdida de tradición	No	No
9	Cambios de organización de trabajo	Sí	No
10	Cambios de aprendizajes	Sí/No	No
11	Compleja estructura socioeconómica	Sí	No
12	Producción en serie	Sí	No
13	Mercado interno	Sí	Sí
14	Mercado externo y regional	Sí	No
15	Trueque por alimentos	Sí	Sí
16	Consumidores regionales	Sí	No
17	Consumidores urbanos	Sí	No
18	Consumidores del medio rural	Sí	Sí
19	Técnica manual	Sí	Sí
20	Funciones cambian	No	No
21	Implementación de proyectos de desarrollo comunitario / cambio tecnológico	Sí	No

Fuente: Elaboración propia en base a variables socioeconómicas propuestas por Stolley de Gamez (1992).

CONTEXTO SOCIOECONÓMICO Y CULTURAL DE LAS LOCERAS DE MADRIZ

En Madriz, el patrón y los roles socioculturales en la organización del trabajo indican que el género femenino está predestinado a desarrollar y heredar la gnoseología de las prácticas artesanales.

La alfarera responde al deber de engendrar hijos, cuidarlos, procesar alimentos y estar al cuidado del hogar. Viviendo y compartiendo este ambiente de artesanas, la mujer ejerce el derecho materno y se preocupa porque la “hembra”¹ aprenda y practique desde niña las actividades productivas. Las abuelas, madres, hermanas mayores –parientes consanguíneas y lineales– y cuñadas enseñan el oficio y la colaboración en los quehaceres del hogar. Estos comprenden una amplia serie de actividades: aprender a cocinar, encender el fogón, nixquezar el maíz y lavarlo en el pozo, moler el maíz en metate o molino manual metálico, palmear tortillas y llenar un *guacal*, mantener una olla de frijoles cocidos, un jarro de café caliente y *jalar* el agua y llenar las tinajas con agua potable de pozo para que, a su regreso del trabajo, los hombres (padres y hermanos) encuentren agua fresca y comida caliente.

En Madriz no existe ninguna posibilidad de que un varón ejerza la alfarería². El sistema *patriarcal* no aprueba que un hombre aprenda las técnicas artesanales para la manufactura de vasijas; por lo tanto, la secuencia de pasos y etapas de fabricación en el proceso productivo la ejecuta únicamente la locera. La organización social, las normas culturales y los roles de género justifican que la mujer fabrique los trastos de barro porque es su deber procesar los alimentos para el grupo doméstico. El varón, en cambio, tiene asignadas sus tareas en los cultivos agrícolas o el jornal.

Las principales poblaciones alfareras diseminadas en varios municipios de Madriz son: Musulí (municipio de Palacagüina), Cofradía (municipio de Yalagüina), El Naranjo y El Melonar (municipio de Somoto), Río Arriba de Inalí y Loma Panda (ambas conforman el territorio de San Lucas).

Se trata de comunidades dispersas, netamente rurales, especializadas a través de la división genérica del trabajo productivo, artesanal y agrícola. En cada comunidad existe una escuela, donde se imparten los primeros tres grados de primaria. Todas ellas carecen de servicios públicos: no existen líneas de teléfonos y ninguna cuenta con caminos

1 Expresión utilizada por los habitantes de Madriz para referirse al sexo femenino.

2 En la comunidad de Loma Panda, municipio de San Lucas, una familia de alfareros se integró a un proyecto de desarrollo artesanal. Los hombres se han sumado a trabajar en esta tarea, pero no hacen ollas, ni tinajas, ni ningún otro tipo de trasto; se dedican a fabricar muñecas con piernas y brazos móviles de barro y figuras zoomorfas. Desde 1985, momento en que comencé a interesarme por la presente cuestión, he podido observar que son los únicos varones dedicados a este oficio.

de terracería que las comunique con las cabeceras municipales correspondientes; únicamente gozan del servicio de luz eléctrica, prestación mayormente difundida en el área geográfica del territorio de Madriz. De estas comunidades, sólo El Melonar y El Naranjo tienen un servicio irregular de transporte público.

El ciclo anual cuenta con dos estaciones claramente diferenciadas: al invierno se lo llama *época de lluvia*, y comienza en el mes de mayo o junio hasta noviembre; los otros seis meses son de sequía permanente. Si la época de lluvia es buena, los agricultores tienen la oportunidad de realizar dos cosechas, cultivo de *primera* y de *postrera*; si el período de lluvia es insignificante, sólo se cultiva una vez. En las comunidades no alfareras, ambos géneros trabajan como peones agrícolas en los cortes del café.

En las comunidades alfareras, las mujeres se especializan en producir loza de barro –bruñida o rústica– producto de la organización del trabajo y el esfuerzo creativo; en la vida cotidiana, se entregan al quehacer artesanal con el afán de cooperar económicamente con el hombre en los gastos del hogar. La mujer produce en su hogar, y un espacio de este –algunas eligen un espacio central y trabajan sentadas, otras prefieren hacerlo de pie bajo el alero y a la orilla del hogar– se convierte en el taller alfarero: la unidad de producción.

Las mujeres de Madriz producen loza por tres razones: con el fin de manufacturar los trastos de barro para procesar los alimentos familiares, por lo que son productoras de bienes artesanales de autoconsumo; por la necesidad económica, que las lleva a comercializar parte del excedente que producen durante la semana y ayudar así a la subsistencia del hogar; y porque cumplen un rol dentro de la tradición cultural del grupo social al que pertenecen.

El binomio mujer-alfarería se traduce en patrimonio cultural histórico. Para sustentarlo, han creado un patrón de transmisión de conocimientos y secretos técnicos y prácticos y desarrollado habilidades y destrezas de acuerdo a las edades de las niñas y adolescentes. Así, se produce la integración de la dinámica entre las futuras generaciones de mujeres.

El dúo mujer-alfarería se basa en una compleja organización social y de relaciones de parentesco (Carrasco Rivas, 1997b; 2002), en las que se constata una serie de rasgos: las tierras deben heredarse al hombre, quien tiene el deber de mantener a la cónyuge y la prole, construir la casa, formar el hogar y procrear hijos para luego, dependiendo del sexo, adiestrarlos en técnicas agrícolas o artesanales. De esta forma, el varón se convierte en proveedor para sostener al grupo social. En consecuencia, la mujer rural, desprovista de la herencia material (tierras), sólo poseedora de la herencia cultural (adiestrada como artesana) y en la edad apropiada para establecer una relación conyugal, debe “circular”, cambiar de residencia e ir a vivir con el cónyuge, integrándose en su grupo social. Según relatara una informante: “mis padres me die-

ron solamente la crianza” (Carrasco Rivas, 1997b: 131), pero la madre le heredó el saber artesanal.

Las mujeres de las comunidades alfareras madricenses nacen en un grupo familiar donde la madre y las parientes lineales y colaterales inician una vida económica basada en el rubro artesanal, totalmente vinculadas al aprendizaje y práctica de las técnicas artesanas. Se encuentran también mujeres a las que no les gusta practicar este oficio; a la mayoría de ellas, sin embargo, por residir en la comunidad alfarera, no les queda otra opción que dedicarse a esta actividad.

La complejidad de las interrelaciones y circunstancias en cuanto al matrimonio, la herencia, la residencia y la filiación resulta de la concepción –propia de los habitantes de Madriz– de crear una familia con descendencia femenina adiestrada simultáneamente en el trabajo doméstico y la producción alfarera (Carrasco Rivas, 1997b: 137). Los varones –se ha dicho ya– se dedican a las tareas del campo.

Estas cuatro pautas vinculadas entre sí nos ofrecen normas para comprender el desarrollo de un proceso cultural. Recurrimos así a la descendencia femenina y a un hecho social: la movilidad o circulación de las mujeres (hijas o hermanas) en la misma localidad o fuera de ella. Clasificamos la movilidad territorial –a nivel inter o intracomunitario– como una cuestión esencial para entender la salida o la entrada, así como el establecimiento de la residencia. La circulación de mujeres significa que con ellas se movilizan también, por medio de su experiencia y adiestramiento, las técnicas alfareras. Al producir vasijas, la mujer reproduce, combina, altera o conserva los atributos cerámicos, cuando se instala en la residencia patrilocal. Los atributos cerámicos circulan a través del aprendizaje heredado y practicado en la casa paterna donde la mujer llega a establecerse. Esto constituye un efecto del patrimonio cultural: al moverse, circulan también con ella los conocimientos de la técnica alfarera y, por ende, reproduce los atributos que son útiles para el funcionamiento y la estética del objeto cerámico (Carrasco Rivas, 1997b: 132).

Las loceras poseen mecanismos internos que se manifiestan en redes matrilineales de transmisión y aprendizaje de las técnicas. Ayudándose entre sí, las mujeres intercambian experiencias con otras mujeres del grupo. Solas, o acompañadas por hijas o parientes femeninas, buscan y trasladan la arcilla y llevan a cabo las diversas actividades del proceso alfarero (Carrasco Rivas, 1997b: 138). La producción alfarera es un trabajo pesado y rutinario; consume, además, todo el día. La locera se siente satisfecha porque se encuentra trabajando en la casa y alterna su labor con las atenciones que ofrece a sus hijos; sin embargo, necesita a otras mujeres para el complemento del trabajo alfarero y doméstico. Por lo tanto, “el oficio alfarero se trasmite por línea matrilineal, aprendiendo la primogénita” (González, 1987: 21), es decir, se transmite el conocimiento de madre a hija. En la medida en que crecen

las hijas menores, ellas, al igual que su hermana mayor, se van incorporando progresivamente a la faena doméstica y alfarera.

Así pues, en la familia alfarera, el sexo masculino es quien debe poseer y trabajar la tierra y organizar la producción agrícola de subsistencia para el consumo anual y la comercialización del excedente. La mujer, en cambio, es la responsable de la producción y el autoconsumo de los trastos de barro, así como de su intercambio por otros bienes que se consumen en el hogar. Con la venta de la alfarería, colabora económicamente con su propia familia nuclear. Adquiere productos alimenticios en la ciudad, ropa usada y barata del mercado, zapatos de hule, sal, azúcar, café en grano y algunas pastillas. Ella es la que traslada las vasijas, cargándolas sobre la cabeza o apoyadas en la cintura y sujetándolas con la mano derecha, para venderlas o intercambiarlas en las calles de la ciudad con otras mujeres de origen rural.

LOS TIPOS DE TRASTOS ELABORADOS POR LAS ALFARERAS DE MADRIZ

Las alfareras producen una *vajilla* compuesta por un conjunto de piezas llamadas *trastos* y/o *loza de barro*, asociadas con la preparación de alimentos. Cada una posee una forma específica y responde a diferentes técnicas de producción. Integran esta colección: cubules para almacenar agua, comales para asar tortillas, tostar café y maíz, jarro para cocer el café, olla-frijolera para cocer los frijoles, olla-sopera para guisar carnes con verduras, olla-nixtamalera para preparar el cocimiento de la mezcla de maíz con ceniza para obtener el nixtamal y preparar la masa para las tortillas, tinaja para transportar y almacenar agua, y el cántaro chichero³. En total, diez tipos diferentes de vasijas (Carrasco Rivas, 1997b: 226).

LA COMERCIALIZACIÓN

El trabajo alfarero no es reconocido ni apreciado –mucho menos, valoradas las vasijas– entre la población urbana. Estas mercancías, que son consumidas por la misma clase social campesina que utiliza fogón de leña para procesar los alimentos, se caracterizan por una producción reducida y un mercado limitado de consumo local. Las vasijas se venden a precios muy bajos a pobladores de comunidades no alfareras, consumidores que realmente valoran su función.

La locera espera vender en su propia casa la mercancía encargada por campesinas. Los encargos funcionan muy bien, especialmente en el caso de algunas vasijas grandes para almacenar agua o fermentar

3 La chicha es una especie de bebida fermentada embriagante, hecha con una mezcla de maíz o trigo y dulce de caña de azúcar.

bebidas que alcanzan un precio mayor; otras piezas, como los comales y las ollas, se venden a precio normal.

Durante el fin de semana, la artesana sale hacia la ciudad de So-moto, cabecera departamental de Madriz, y ofrece su mercancía en las calles o en la banqueta cercana al único mercado. También recibe encargos de alguna tienda de la ciudad que compra las vasijas a precios más bajos para luego revenderlas. Las mujeres viajan normalmente a pie. Cargan un máximo de cinco vasijas que pueden vender en menos de 5 dólares estadounidenses (los comales cuestan 4 centavos de dólar y una olla puede venderse aproximadamente a 1 dólar), con los que comprarán productos básicos como una libra de sal o azúcar, café en granos, pan y medicamentos baratos.

CONTEXTO SOCIOECONÓMICO Y CULTURAL DE LOS ALFAREROS DE LA TRINIDAD TENEXYECAC

La comunidad cuenta con más de 5 mil habitantes y tiene características urbanas. Posee ciertos servicios como calles adoquinadas, redes de teléfonos, agua potable, drenaje, transporte público, tortillerías, un parque, un centro de salud, una escuela primaria completa y una telesecundaria (aunque los estudiantes también pueden tener acceso a otras secundarias, escuelas técnicas o a la Universidad de Tlaxcala, en la capital del estado). En el pueblo se ha diversificado el empleo: existen hombres y mujeres que trabajan como obreros en fábricas, por la cercanía de los corredores industriales y de las ciudades de Tlaxcala, Apizaco, Santa Ana Chiautempan y San Martín Texmelucan; algunos se trasladan incluso a la ciudad de Puebla. Sin embargo, todavía encontramos habitantes que se autodenominan campesinos: son dueños de pequeñas parcelas en las que trabajan la agricultura de subsistencia, producen maíz, frijoles, habas y calabazas, y crían ganado vacuno de traspatio.

LAS CAZUELAS VIDRIADAS

El varón o el grupo familiar se convierte en el eje medular de la organización de la pequeña producción artesanal. Los padres incluyen a su grupo familiar en la faena artesanal, especialmente a la mujer, que queda en calidad de ayudante en el proceso productivo. Esto no niega la existencia de artesanas individuales, pues es posible encontrar mujeres ejerciendo este trabajo por necesidades económicas.

El estado civil y la necesidad económica de subsistencia están estrechamente vinculados, y empujan a las mujeres solas –madres solteras y viudas– a ejercer el trabajo en sus propios talleres de cazuelas vidriadas. Por lo tanto, las mujeres con este estatus social se diferencian de aquellas vinculadas y supeditadas a un matrimonio, que forman un

grupo familiar en el que se les otorga el estatus de ayudantes en el trabajo colectivo (del esposo-artesano y los hijos solteros).

Según los avances de mi investigación, he propuesto, desde una perspectiva histórica, que los hombres –acompañados de la mujer y los hijos– desarrollaron la producción de cazuelas en la época del sistema de haciendas, a fines del siglo XIX, cuando se veían obligados a trabajar como jornaleros a cambio de comida o bajos salarios para subsistir. Seguramente, estas circunstancias empujaron a la fuerza de trabajo masculina hacia la producción de ollas y cazuelas como una alternativa frente al peonaje. Aquello que en un principio fue una razón de índole económica se convirtió luego en una tradición cultural (Carrasco Rivas, 2006: 81).

En La Trinidad Tenexyecac, cuando se funda una pareja de alfareos, tanto el marido como la esposa permiten que las futuras generaciones –sean hijos o hijas– hereden el patrimonio cultural, ya que algunas púberes continúan la tradición al casarse con un alfarero. Los actores sociales involucrados activamente en esta actividad son el grupo familiar en el que los diferentes miembros forman un equipo de trabajo colectivo con sus respectivas peculiaridades. El predominio del varón en la escena del proceso de producción y comercialización solventa los gastos de manutención del grupo familiar; además, fabricar cazuelas de gran tamaño requiere de mucha fuerza y de la cooperación física de un peón ayudante. A los mercados asisten las mujeres para comercializar y tomar decisiones en los convenios verbales. La mujer es la indicada para fomentar el intercambio o trueque de vasijas por una amplia diversidad de alimentos (Carrasco Rivas, 2002).

Así pues, la mujer juega un papel significativo y no secundario. Cooperar con su propio esfuerzo físico, cumpliendo y alternando varias tareas durante el día: toda mujer debe ser esposa, madre y cuidar de los hijos; al casarse con un alfarero, debe convertirse en su fiel ayudante; puede ser productora individual de acuerdo al estatus social; comercia su propia mercancía; y, por último, si no logra vender la mercancía en las plazas y *tianguis*, intercambia las vasijas por alimentos.

En La Trinidad Tenexyecac existen mujeres solas que conjugan todas estas actividades; elaboran pequeñas vasijas y desarrollan estrategias productivas compatibles con las tareas del hogar. Producen cazuelas en *crudo*⁴ o entregan a *medias*⁵ la pequeña producción de la semana

4 Para poder llevar a cabo las actividades del hogar y las de artesanías, las mujeres han desarrollado una serie de estrategias vinculadas con la pequeña producción. Una de ellas consiste en la venta de cazuelas en crudo, es decir, cuando terminan de fabricar las vasijas, esperan a que se sequen y las venden de inmediato, a un precio muy bajo. Los compradores las cuecen, les realizan el tratamiento del vidriado correspondiente y concluyen el proceso.

5 Al terminar de manufacturar las cazuelas, entregan la producción no concluida a otro artesano, que debe invertir en la combustión y el material para vidriarlas; luego este le da a la artesana la mitad de la producción que ella fabricó.

que, por la falta de mano de obra en la unidad productiva, constituye la forma de comercialización más usual para ellas. Se trata de un fenómeno ligado a la descapitalización total de la unidad doméstica de producción dirigida por mujeres solas, viudas, madres abandonadas, etc. De igual manera, se preparan para realizar el trueque de la mercancía por una variedad de alimentos que aseguren el abastecimiento del grupo familiar en el hogar⁶ (Carrasco Rivas, 2002).

En el dúo inseparable que forma con el cónyuge artesano, la esposa es ayudante y suele cooperar en ciertas actividades específicas de la manufactura; es aquí donde el estatus manifiesta una división genérica en la diversificación del trabajo artesanal. A una esposa alfarera (hija de padres alfareros) le corresponde tender y secar el barro; al marido, molerlo y amasarlo. Mientras él moldea las cazuelas, ella se dedica a vigilar que las vasijas del patio estén recibiendo sol durante el proceso de secado, pues suelen surgir vejigas en la superficie, que debe reventar y arreglar –tarea denominada “avejigar”– con una piedra.

Otra tarea femenina consiste en arropar con pedazos de tela, protegiéndolas para que no sequen con demasiada rapidez, las vasijas modeladas por el varón. Cuando el hombre termina la manufactura de la cazuela, ambos la trasladan a algún lugar donde pueda recibir aire y sol. Como vemos, durante todo el procedimiento, la mujer está atenta para ayudar en las operaciones del marido. Una vez asoleadas y un poco endurecidas, las cazuelas son introducidas por ambos al espacio interno de secado y colocadas sobre montoncitos de arena para evitar que se deformen. En este momento, el hombre concluye su tarea y la mujer debe seguir trabajando aún sobre las cazuelas manufacturadas del día, en espera de que se sequen un poco. Seguidamente, ella amasa el barro y crea *chorizos*, que se convertirán en asas u orejas de las cazuelas, y las *engasa* –es decir, moldea las asas y coloca dos a cada pieza–, al tiempo que las alisa. El número de cazuelas manufacturadas durante el día puede comprender, dependiendo del tamaño, de ocho hasta doce unidades. Incluyendo las horas que debe prever para preparar los alimentos, atender a los hijos y al propio marido, sin tener en cuenta el aseo de la casa y la ropa, la mujer dedica más de doce horas al día en ayuda y participación.

6 Todos los martes en la plaza se realiza el mercado de San Martín Texmelucan, al que concurren una amplia variedad de vendedores y consumidores con diferentes disposiciones e intereses económicos. Por consiguiente, acontecen otras acciones de comercialización, distribución de consumo y alguna otra forma de cambio con una expresión de valor. El trueque se practica por cuestiones histórico-culturales y de necesidades de subsistencia dentro del mismo género y entre ciertos estratos sociales, que persiguen obtener bienes de uso y adquirir alimentos, y aprovechar esos intercambios para redistribuir nuevamente el producto o mercancía, obteniendo así una ganancia.

El ejemplo anterior nos permite observar y confirmar que es el hombre –inseparablemente acompañado de la mujer– quien lleva la dirección en el taller de producción. Ello se debe a que, dado el tamaño de las vasijas, el proceso productivo demanda del esfuerzo de dos personas, algo que confirma el carácter familiar del taller. Por otra parte, las mujeres solas –madres solteras y viudas– requieren de la fabricación de pequeñas piezas para poder ejecutar sin ayuda el proceso y desempeñar el doble papel de madre-artesana. En ambos casos, prepara la materia prima colaborando simultáneamente en el taller, el hogar y el mercado.

LAS CAZUELAS

El uso de estos recipientes de barro vidriado refleja la tradición alimentaria mexicana de elaborar el mole y el arroz. Debido a sus formas características, las cazuelas son objetos funcionales en la preparación de estos dos tipos de alimentos. La cazuela *molera* es honda, con la boca más ancha que la base; la cazuela *arroceras* es menos profunda, con la base plana y la boca ancha. Los alfareros de La Trinidad Tenexyecac se han especializado en fabricar en serie una variedad de tamaños de estas vasijas, cuyos precios han evolucionado de 3 a 800 pesos mexicanos. Dicha producción en serie les ha permitido especializarse, produciendo una determinada cantidad de esta mercancía al día, semana y mes para obtener mayores ganancias y competir en el mercado local y regional. El apelativo de *cazuela* ha derivado en nombres compuestos ligados a la función y el tamaño: encontramos así *cazuelas arroceras*, con capacidades que van de 1 a 20 kilos, y *cazuelas moleras*, de 5 a 50 kilos. El mercado es mucho más amplio y posee flexibilidad de precios, escalonados de acuerdo al tamaño de las vasijas, que varían entre 50 centavos y 350 pesos.

CONCLUSIONES

Al examinar comparativamente la organización doméstica y la producción alfarera artesanal en las comunidades de Madriz (Nicaragua) y La Trinidad Tenexyecac (México) es posible observar algunos rasgos interesantes. En ambas comunidades, la alfarería constituye un oficio artesanal. Sin embargo, existe una diferencia fundamental en lo que se refiere a los roles de género en cada una de ellas, que puede encontrar su origen en las pautas sociales (sistema matrimonial y tipos de herencia y residencia) y en la tradición cultural autóctona. Mientras que en Madriz son exclusivamente las mujeres las que desempeñan la alfarería, en La Trinidad Tenexyecac esta actividad es predominantemente una ocupación masculina, quedando la mujer muchas veces en calidad de ayudante en el proceso productivo; no obstante, con frecuencia el

grupo familiar también puede representar un eficiente equipo de trabajo colectivo. Tanto en una región como en otra, la reproducción del trabajo artesano –la instrucción de los géneros, que consiste en el proceso de adiestrar a las generaciones jóvenes en las prácticas artesanales– se lleva a cabo específicamente a través de la organización sociocultural del grupo familiar.

Otra característica importante que distingue a ambas comunidades es el papel que desempeña la alfarería en la economía doméstica. En Matriz, representa un importante complemento a las tareas agrícolas, que son la ocupación principal; en La Trinidad Tenexyecac, por su parte, la economía familiar depende exclusivamente de la comercialización de las cazuelas. En ambos pueblos se produce, fundamentalmente, para la comercialización o el mercado. Entre los alfareros de La Trinidad Tenexyecac existe una especialización a nivel de pueblo, con una fabricación en serie que ha permitido el tránsito de la producción mercantil simple, basada en la unidad doméstica de producción, a una forma de manufactura doméstica capitalista. En cambio, las loceras de Matriz elaboran exclusivamente vasijas destinadas al autoconsumo del grupo doméstico campesino. La pequeña producción carece de un mercado regional; el mercado local, con precios bajos y consumidores paupérrimos, no permite una producción alfarera floreciente.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, Richard 1957 *Cultural surveys of Panamá, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Honduras* (Washington DC: Panamerican Sanitary Bureau).
- Carrasco Rivas, Guillermo s/f “La ecología en la alfarería popular de Yalagüina” en *El Artesano* (Managua: Ministerio de Cultura de Nicaragua).
- Carrasco Rivas, Guillermo 1987 “Comales de barro” en *Nuevo Amanecer Cultural* (Managua) 4 de julio.
- Carrasco Rivas, Guillermo 1991 “Naturaleza y plasticidad. Ornamentos de la cerámica de Yalagüina, Nicaragua”. Tesis de Maestría, Escuela Nacional de Artes Plásticas/UNAM, México, mimeo.
- Carrasco Rivas, Guillermo 1997a “El padre de familia en la pequeña producción y comercialización alfarera” en *Memorias del Quinto Encuentro Nacional de Investigadores sobre Familia* (Tlaxcala: Universidad Autónoma de Tlaxcala).
- Carrasco Rivas, Guillermo 1997b “La circulación de las mujeres en los grupos residenciales alfareros”. Tesis de Doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México, México, mimeo.

- Carrasco Rivas, Guillermo 1998 "Familia y regatones. Transformaciones artesanales y evolución de redes comerciales de La Trinidad Tenexyecac, Tlaxcala" en *Regiones y Desarrollo* (Tlaxcala: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias sobre Desarrollo Regional/ Universidad Autónoma de Tlaxcala) Vol. II, N° 3-4.
- Carrasco Rivas, Guillermo 2002 *La circulación de las mujeres alfareras en el norte de Nicaragua* (México DF: Taller Abierto).
- Carrasco Rivas, Guillermo 2006 *La Trinidad Tenexyecac. Transformación histórico-económica e impacto en la salud laboral de una comunidad agrario-locera tlaxcalteca* (México DF: Universidad Autónoma de Tlaxcala/Altres Costa-Amic).
- Castegnaro de Foletti, Alexandra 1992 "La alfarería tradicional de La Paz Centro" en *Persistencia Indígena en Nicaragua* (Managua: Centro de Investigaciones de la Costa Atlántica/Universidad Centroamericana).
- González, Antón Rafael 1987 "La alfarería popular en Canarias, Santa Cruz de Tenerife" en *Publicaciones Científicas* (Santa Cruz de Tenerife) N° 3.
- Heller, Agnes 1982 *Revolución de la vida cotidiana* (Barcelona: Península).
- Herskovits, Melville J. 1968 *El hombre y sus obras. La ciencia de la antropología cultural* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Lamas, Marta 1986 "La antropología feminista y la categoría de 'género'" en *Nueva Antropología* (México DF) N° 30.
- Novelo, Victoria 1976 *Artesanías y capitalismo en México* (México DF: SEP/ INAH).
- Novelo, Victoria 1981 "Para el estudio de las artesanías mexicanas" en *América Indígena* (México DF) N° 16.
- Sackmann, Wolfgang (ed.) 1986 *Wer den Ton beseelt: cerámica mexicana. Katalog zur Ausstellung Zeitgenössischer mexikanischer Keramik* (Hildesheim: El Puente).
- Sánchez-Mejorada Fernández, María Cristina 1991 "Cotidianidad y modalidades de trabajo de las mujeres de una colonia popular" en *Textos y pretextos. Once estudios de la mujer* (México DF: El Colegio de México).
- Stolley de Gamez, Kirsten 1992 "La comercialización de la alfarería mexicana: estrategias, problemas y perspectivas". Tesis de Maestría, Universidad de Hamburgo, Alemania, mimeo.